

Revista El Amante Cine

Nro. 213. Febrero 2010. Pag 18.

Estrenos

Los conjurados

Por Eduardo Rojas

Los resistentes

Desde el comienzo, *Los resistentes* elige conjugar los tiempos, el presente desde el que convoca a sus protagonistas y el pasado en que estos ejercieron ese protagonismo. Esa conjunción está elaborada con una sutileza poco común para una película política: un hombre mira por una ventana, un tango suena atenuado en el ambiente mientras el hombre, canoso, toma mate. Enseguida un travelling por un pasillo interior de la casa y en la banda de sonido la música es reemplazada por el lejano y ominoso ronroneo de aviones en vuelo y difusas explosiones de bombas. Una voz en off se suma para recordar que el 16 de junio de 1955 una escuadrilla de aviones sobrevoló Buenos Aires bombardeándola y asesinando a cientos de sus habitantes, paso previo al casi inmediato derrocamiento de Perón. Fin –afirma la voz– de una inédita e irrepetida época de felicidad para el pueblo argentino. Vuelta al presente, un grupo de hombres viejos se reúne en la puerta de un edificio y sube a uno de sus departamentos. Un aire conspirativo los aíuna e instala un clima incierto. No hay tal conspiración, son antiguos militantes de la resistencia peronista, iniciada aquel 16 de junio, que se reúnen para evocar su lucha.

Esa conjunción de tiempos, ese fino tratamiento inicial de un pasado oscuro y sangriento deviene en paralelos y paradojas: toda la secuencia –comienzo de la evocación de un momento histórico y una práctica política muy precisos– está filmada en blanco y negro, cromatismo que esplende y, expandiendo las tinieblas, remite al horror picassiano de Guernica, la barbarie nazi tronchando el roble de la autonomía euskera; un retoño de esa barbarie camuflándose de civismo liberal para replicar aquel salvajismo tronchando vidas entre las palmeras de Plaza de Mayo. Pero ese blanco y negro, ese aire de conjura remiten también a un hito del cine argentino de otro signo

cultural (y político) raigalmente opuesto: *Invasión*, la obra maestra de Hugo Santiago, guión de Borges y Bioy. En alguna encrucijada fantástica, allí donde las paralelas se cruzan y el tiempo y la historia se desvanecen, la borgeana conjura perpetua abre sus laberintos para comprender a la resistencia peronista.

Paralelos y paradojas nos devuelven a un presente sin conjuras, la historia evocada se une con la evocación; mientras los veteranos resistentes cambian sus primeros diálogos, la cámara inmóvil registra desde lo alto la belleza de las torres y cúpulas de los antiguos edificios de la zona de Avenida de Mayo y el Congreso. Todo está quieto, como si el tiempo se hubiera detenido a la espera de que una amenaza latente se concrete, o de que el tiempo de la lucha se reanude. Pero allí se separan las coordenadas de *Los resistentes* y las disonantes referencias que nos generó, porque, en un salto más humano que geográfico, se transforma en un peculiar relato de caminos; el territorio argentino es el escenario donde recoge los testimonios de los hombres y mujeres que integraron ese ejército secreto y desarticulado que se llamó “la resistencia peronista”.

Son otros entonces los ancianos protagonistas. Rústicos en su mayoría, gente de pueblo en el más directo sentido del término (bastardeado por el mal uso y la demagogia, la simple contundencia de estas voces le devuelve su primitivo alcance). El blanco y negro del principio ha dejado lugar, con un contraste que resalta su brillo, al color. El del comienzo era un grupo de militantes que encauzó su lucha sumándole ideología y debate, un grupo aún activo en la discusión del presente. Todas sus intervenciones restantes nos volverán al blanco y negro; el cromatismo del resto destaca la variedad de sus experiencias, sus voces parecen un canto a la precariedad de una lucha instintiva, de un saber del combate que se aprende combatiendo. Hay quienes lo continúan, ahora contra la corrección política: Mabel Di Leo reivindicándose subversiva y terrorista; hay otros a quienes la fragilidad de la memoria parece mantenerlos en un presente perpetuo, la lucha contra el paso del tiempo se empareja a la antigua lucha contra el poder dictatorial, la amnesia de la edad es así una forma de condecoración.

A diferencia de tanto cine político que se neutraliza tratando de imponer su ideología, *Los resistentes* no pontifica ni da nada por sabido, Fernández Mouján le otorga su tiempo a cada palabra, a cada gesto; así la mano sobre la frente del viejo ferroviario que se esfuerza en recordar está cargada de un noble dolor: el de quien todavía quiere pelear la más imposible de las batallas, la que se libra contra el tiempo; una anciana titubea en el recuerdo de la prisión de su esposo, legislador peronista, la cámara cambia el plano

medio por uno general que abarca toda la habitación desierta que la alberga; los silencios de una memoria menguante y en paz encuentran así su continente.

Como en *Espejo para cuando me pruebe el smoking* o *Pulqui...*, *Los resistentes* rescata el trabajo manual como una ética, por caso un fabricante de mosaicos que reemplaza con su elocuente artesanía el relato de su experiencia resistente.

Con el registro de esas particulares formas de lucha y trabajo, soslayadas por un presente en el que ninguna de ellas parecen tener lugar, se va construyendo el particular relato de esta película política, un cine manufacturado que evoca el ayer y pretende recobrar de él aquello que perdura como un rescoldo. Un cine que es por sí solo una forma de resistencia. **Eduardo Rojas**